



D. WENCESLAO FERNÁNDEZ FLÓREZ

BOLETÍN

DE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

AÑO LII. - TOMO XLIV. - ENERO-ABRIL 1964. - CUAD. CLXXI

D. Wenceslao Fernández Flórez

Señores Académicos:

Agradezco a nuestro Director el honor que me dispensa al designarme para expresar el dolor de la Academia por la muerte del querido compañero don Wenceslao Fernández Flórez.

Es triste y difícil para mí hablar tan pronto del amigo, porque aún no se aprecia el vacío físico que deja en nuestra vida de relación, y aún no se siente su presencia en lo que sólo ha de ser memoria.

Ha de perdonárseme la inmadurez de las palabras con las que trate de expresar nuevos sentimientos hacia aquél que está naciendo a nueva vida.

Sería llamativamente ingenuo que yo tratara ahora de descubrirnos la obra de Fernández Flórez. Cuantos estamos aquí la conocemos y he de respetar vuestro criterio. El que hayamos sido todos los presentes amigos de él, no implica simpatía mayor o menor por el género literario que cultivó. Un género en el que sólo el talento privilegiado sabe conducirse con elegancia. Por mi parte, confieso que el único humorista combativo, español, que he leído con deleite y con admiración ha sido Wenceslao Fernández Flórez.

Una ironía del destino hace que sea un andaluz el que lleve la voz de la Corporación en estos momentos

de máximo respeto. Sabemos que a Wenceslao Fernández Flórez no le caía en gracia ni lo andaluz, ni los andaluces. Si esto no le impidió hacerme el regalo de su amistad fue por lo que encontró en mí de gallego. “Porque usted no es andaluz bullicioso”, me dijo un día.

A muchos gallegos les aturde un poco la exultación de los meridionales, su descarado goce de la vida, su predisposición a hablar de sí mismos y cierto suficien-tismo que —los andaluces estamos en el secreto— re-presenta lo contrario: pudor de lo exiguo.

Precisamente allí le conocí, en Andalucía, durante una estancia muy breve. Nunca hizo estancias largas las pocas veces que fue. Pero muy de antes le conocía como escritor, y aunque por entonces me costaba transigir con lo que en Literatura no significase novedad de la forma, admiré desde un principio la originalidad de su humor y aprecié la cantidad de elementos humanos, poéticos y espirituales que entran en su obra.

Desde aquella fecha, en San Sebastián durante la guerra y luego en Madrid, fui conociéndole despacio. Temía que se le amontonasen las ideas y por ello engarzaba las palabras. Tenía muy cerca la lección de su antecesor inmediato en la silla “S”, don José Alemany. “Tratar del orden de las palabras es, en cierto modo, tratar del orden de las ideas”. El percibió, desde la difícil mocedad, el doble filo de la palabra. La palabra fue para él el arma de la cautela y el módulo con que calibraba sus impresiones. De aquí que no las prodigase fuera del humor. Con éste se atrevía a atacar gigantes. En Fernández Flórez, el humor era su equipo protector. Como la ironía en los tímidos.

En su discurso de ingreso en la Real Academia Española llamó al humor suyo “una posición ante la vida”. Ante don Julio Casares, que con pareja brevedad dio a su definición más amplitud, “una disposición de ánimo”. El ánimo dispuesto era para Fernández Flórez el caballero con la mano en la crin y las espuelas pues-

tas, pero con los pies todavía en tierra. En la "posición ante la vida" se refería a la actitud, ya el jinete sobre la montura haciéndose camino con los ojos.

Más adelante, en su discurso de contestación, don Julio Casares recordará: "podría citaros más de un caso en que algún espantable Goliat se derrumbó entre las carcajadas al recibir en la frente el impacto del proyectil que, al cruzar por los aires, parecía tan liviano y tan juguetón como las serpentinas de colores. Y esto en épocas de tiranía terrorista, en que los ridiculizados podían tomarse por su mano, y con impunidad, las más crueles represalias".

En esta línea de la entereza personal, quiero aludir a un gesto de Fernández Flórez desprovisto de toda vana arrogancia, pero que da idea hasta dónde era capaz de llegar, movido por la amistad o por la gratitud. Para este recuerdo me apoyo en el testimonio del académico de la Historia don Dalmiro de la Válgoma, que me lo refirió. Cuando la ocupación de Madrid, en un consejo de guerra para juzgar a determinadas figuras políticas del bando vencido, el señor de la Válgoma fue designado defensor de éstos. Y tan pronto uno de los procesados le mostró deseos de que Fernández Flórez figurase en la lista de testigos, el joven abogado se puso en movimiento hasta encontrarle.

Estaba por aquellos días Fernández Flórez en una situación no del todo cómoda. Algún que otro sectario le tachaba de agnóstico. Estas tonterías del agnosticismo fueron disipándose a medida que los azuzadores se enteraban de que Fernández Flórez tuteaba, de antiguo, a más de uno de los generales victoriosos. Pero en los momentos a que me refiero se mantenía un poco encogido y con la pluma encapuchada, remitido a sí mismo, preocupado aún con su acoplamiento a la vida profesional porque en muchos casos estaban pendientes las renovaciones de amistad.

Válgoma le encontró en el Círculo de Bellas Artes,

le puso al corriente. Su reacción fue: “disponga de mí para todo desde ahora”.

—No es hoy, será mañana cuando le necesitemos.

Pero Fernández Flórez se echó a la calle a buscar ayuda, a dar la cara por un presunto condenado a muerte, y ante el tribunal —explica el defensor— fue la suya la testificación más valiosa y, no sabiendo ya que hacer por aquel hombre en peligro, puso en juego su humor y así dijo: “Fíjese el señor Presidente, si lo tiene a bien, en mi nariz. ¿Piensa que puede pasar inadvertido quien la lleve pegada? Yo he ido con ella de un sitio a otro de Madrid durante el período en que el procesado mandaba en la calle, sin que aquellos que me reconocían y que conocían mis amistades y mi manera de vivir me molestasen”. Fue de todos los testigos no el más sereno, sí el más nervioso e insistente.

En aquella época, se mantuvo al margen, no por cautela política, sino porque su ambición consistía en no perder lo que ya tenía conquistado. Su reputación literaria. Su madre, acomodada dignamente, entre sus hermanos, en la misma casa donde ha muerto. El no daría ni siquiera esos gañafones que otros de su oficio dieron con rapidez en el momento de reajuste económico de dos épocas. No se aprovechó en absoluto del cambio de las cosas.

Buena lección para estudiantes de Literatura y buen recreo de lectores serios el folleto en que se acolleran el discurso de ingreso de Fernández Flórez en esta Real Academia y el de contestación de don Julio Casares. Una admirable lección sobre la forma de producirse el humor y de ser vertido. “El humor, nos dirá Fernández Flórez, tiene la elegancia de no gritar nunca y también la de no pronunciar ayes, pone siempre un velo ante su dolor”.

El paso del realismo al humorismo de Wenceslao Fernández Flórez está señalado en su encuentro con Eça de Queiroz. Ese convencimiento del escritor novel

cuando encuentra su camino, cuando puede decir "por éste sé andar". Tradujo al español "A Capital" y "O Conde de Abranhos" del gran escritor portugués. Bellas muestras de que una traducción puede no restar nada a la obra vertida.

El contagio del humor de Eça de Queiroz a la vena de Wenceslao se hizo directamente de Portugal a Galicia, antes de la venida de éste a Madrid. Creo que de esta metamorfosis literaria, del realismo al humor, quien ha salido ganando ha sido la moral pública, la sociedad española de nuestros días y la de hace treinta años, a la que Benavente le arrancó más de un remordimiento, pero a la que Fernández Flórez le enseñó a reírse de sí misma y también a enrojecer.

Comentando la aparición de "El Secreto de Barba Azul", Azorín escribió: "Humorismo cierto que en su fondo encierra una positiva, sólida, fecunda lección de política y de moral.

Pero el humorismo de Fernández Flórez se manifestó no sólo en la intención, sino en las interpretaciones lingüísticas. Hay en su prosa como un sonsonete guasón que no permite al humor enfriarse un momento, ni en los pasajes de fondo, descriptivos. Aquí está su diferencia con el buen humor andaluz que, parodiando a Unamuno, podríamos llamar buenhumorismo. El buen humor en el Sur se produce a golpes. "Fulano tiene buenos golpes", se dice. El humor galaico se produce en corriente continuada.

Más de una vez le hablé de "Volvoreta" como una novia de la mocedad. Una novela que ahí está alzada ante los que escatiman a su autor méritos de novelista. Obra que cerca al lector en su círculo ambiental con elementos esenciales: realismo psicológico subordinado a la acción, análisis de caracteres y amenidad sobre un fondo de tristeza. ¿No es eso novelar?

Pero no podía seguir diciendo en la línea "Volvoreta" lo que pugnaba ya por salirle de la pluma. Nee-

sitaba el conducto del humor su "posición ante la vida", que le obligará a la acción ante su mesa de trabajo y a enfrentarse con el juicio que los hombres, en sus avatares, le van mereciendo.

Si hablo mezclando su vida con alusiones a su obra literaria es adrede. Como la enredadera en el tallo de la planta vecina, dejo que se enrosque lo poco nuevo que puedo contar de su vida, para que se sostenga. Porque temo que la privada, a pesar de la fuerte raíz del amor a la madre y del cultivo asiduo de la Sociedad, se quedaría delgada como la de cualquier persona decente que se resiste, por pudor, a hacer espectáculo de sí mismo. Así su obra me sirve de rodrigón robusto para hablar de un hombre que no escribió sus memorias:

Es conmovedora la constancia con que durante once años acudiría semanalmente ante la tumba de su hermana Florentina, en la Sacramental de San Justo. Todas las semanas, este hombre, ante el que nadie encontraría oportuno pronunciarse con ribetes de sentimentalismo, atravesaba la calle San Bernardo y, en la florería, presenciaba la ejecución del ramo de flores de que iba a ser portador.

De la pérdida de esta hermana tan querida arranca la gran desconfianza hacia los médicos. No era falta de fe, era desconfianza. He presenciado con alarma cómo le invadía la artrosisclerosis sin ver a otro médico que el de la familia. Y cuando iba a Cecebre, pasaba a saludar a un doctor amigo de La Coruña.

En La Coruña había nacido el 11 de febrero de 1885. En la casa número 11 de la calle del Torreiro. Se ha repetido mucho que perdió a su padre a los quince años. Poco después le llevó su amigo Manolo Puga al diario *Tierra Gallega* y más tarde a *El Noroeste*. Un día se sintió, o se creyó, tuberculoso. Acudió al amigo y le dijo por derecho: "Me voy a morir." No tenía que añadir más. Puga conocía las palabras que

no quería pronunciar: la madre, los hermanos pequeños... “No, no me preguntes lo que yo pueda hacer por ellos. Vamos a hacerlo ahora todo por tí.” Puga se lo llevó al pazo de su propiedad. Allí se levantó la salud de Wenceslao Fernández Flórez. Jamás volvió a resentirse del pecho.

Se trasladó a El Ferrol de director de *El Diario Ferrolano*, a los veinte años. La vuelta a La Coruña, el asalto a Madrid, todo esto está contado y recontado; como también se ha contado mucho las mil maneras que tuvo de eludir la pregunta sobre la edad. La contestación más sobresaliente fue a un periodista: “¿Que cuántos años tengo? Depende del día. Hay días maravillosos, que se levanta uno joven y se acuesta sin ganas de hacerlo. Días de juventud. Ponga usted de veinticinco a treinta años. Hay días, en cambio, que uno siente el peso de ciento cinco años sobre sus hombros”.

Recuerdo una ocasión en que me describía el buen estado de su madre. Le ponderé la rara suerte de conservarla, con los cinco sentidos despiertos, teniendo ya el hijo setenta años corridos. Me confió irónico: “Aunque piense lo contrario, le doy a usted mi palabra de honor de que no soy más viejo que mi madre”. Total, de nada ha servido su aparente coquetería. Los que no sabían su verdadera edad —setenta y nueve años— transigían con otra no muy alejada: setenta y seis años. Esos tres años ocultos han servido a muchos —a él el primero— para ironizar un poco y, al final, como el personaje de una de sus narraciones, todos calvos.

Recién terminada la guerra observé más de una vez cómo la gente, en los sitios públicos, miraba a Wenceslao con alegría. Era la época en que muchos se ocupaban de recuperar algún objeto perdido. Encontrarse con el perfil aguileño de Fernández Flórez resultaba una confortable recuperación. Era como si la sociedad se sintiese aliviada por contar de nuevo con una mente capaz de abarcar sus problemas, que los descifraría

con viveza y podría incluso hablar de ellos en *ABC*. Había que mirar a un hombre así, aunque no se estuviese presentado, porque tal vez bastaría verlo para dejadle enterado. Otros pensaban si le dejarían decir todo aquello que su antena estaba percibiendo. Otros daban por hecho que ya habría intentado decir cosas y no le habían dejado. Puede que el artículo sobre el *estraperlo*, en auge fatal en aquellos momentos de escasez, ni siquiera hubiera intentado plumearlo, pero la gente, que recordaba su arrojo de David para apedrear gobiernos monárquicos y republicanos, sabía que allí estaba el temible y festivo fiscal. Luego no escribiría el artículo esperado, pero se sabía que existía aquel que podía hacerlo con gracia inigualada.

Había también en los sitios donde entrábamos alguna cara crispada. Era la de aquel que podía ser alcanzado. Había otras caras contraídas, la de los que se sentían protegidos por el silencio y no les hacía gracia cruzar la mirada con la de aquellos ojos irónicos y percutores.

Había también la cara distendida, plácida, que recordaba aún la risa, la alegría que entraba en casa en unas columnas del periódico y que le ayudaría a vivir un día entero. La risa en casa, la más provechosa risa y aún más si es mañanera, de desayuno.

Esta popularidad marcó su gesto de barbilla levantada.

Practicó también la honestidad estética. Nunca tropezó con su diatriba. Nunca tuvo que desmentirse. Así, por ejemplo, cuando los amigos se empeñaron en darle un banquete, recordó en seguida que había escrito contra ellos en "Las Gafas del Diablo". Dijo que no iría. Creyeron que al final cedería. Pero no compareció. Su amigo Federico García Sanchíz improvisó un bello brindis y dedicó el almuerzo al asiento que no fue ocupado.

Cualquier historiador del futuro encontrará en las obras de Fernández Flórez algo que no es caricatura, que son elementos de historia. La mordacidad pierde vigor con el tiempo y una dulzura pickwickiana crece como un rosal al costado de los que provocaron la diatriba.

El día de su muerte, conocí a una dama que lloraba junto al cadáver. Me explicó luego cómo había ido a comulgar con él, cómo se ponía para esto su mejor traje, la última corbata, cómo ella le escribía las oraciones, porque de una vez para otra las olvidaba. Esta persona, que había significado mucho en su vida afectiva, me pidió que aclarase lo de su agnosticismo. Movido por este deseo me ocupé de ello en la Prensa, aunque nunca había hablado con él de estas materias.

Fernández Almagro considera que ha sido Wenceslao Fernández Flórez el primer escritor español que ha llevado el humor a sus novelas.

Balbuena y Prat le llaman “creador de un mundo de humor vario, actual y de auténtica e inconfundible originalidad”. Ya Gómez de Baquero había encontrado en el humor de Fernández Flórez intención filosófica.

García Mercadal llama la atención sobre “El Bosque Animado”, “libro con el que la crítica no guardó la debida atención y que tenemos por algo insuperable dentro de la producción del escritor gallego”.

“El Bosque Animado” en la creación contemporánea sólo encuentra parentesco en los dibujos de Walt Disney por motivos de expresividad plástica, pero con infinitos medios de intelección, con fabulosa vida poética y sin la sensualidad de fauces tragonas que el dibujante americano imprime a sus dibujos.

“El Bosque Animado” es el libro de la ternura aplicado a los seres. A partir de la materia animada hasta la soberbia del hombre, deja en medio la gran bolsa bulleante de los animales sencillos y humildes. El libro de la ternura escrito por un escéptico. Ahí queda ese libro

para tiempo y tiempo. Y miles de criaturas del Señor quedan en el mundo para recordar al escritor.

Al decir adiós a Wenceslao Fernández Flórez, la Real Academia Española se sirve del más modesto de sus miembros para dejar constancia de su emoción, en nombre del compañerismo, de la cultura y de la amistad.

MANUEL HALCÓN.